



El lugar de las emociones en la educación

Risa y llanto, la carta de presentación de las emociones

La expresión de las emociones de los niños tiene un par de características que voy a revisar dado el tema que nos compete antes de continuar.

Cuando pienso en la **capacidad emocional** de una persona me ayuda imaginarla como un envase y a las emociones, al igual que un gas, se expanden y ocupan todo el espacio que se tenga disponible. Conforme el ser humano va creciendo puede tener varias emociones simultáneamente e, incluso

contradictorias. Todas ellas ocupan un mismo espacio por lo que, necesariamente, tienen que **“contraerse”** para dar espacio a todas y esto impacta la manera en la que se proyectan a través del comportamiento.

En los niños, por el contrario, **las emociones se presentan de una en una** y, por lo tanto, cada una tiene la posibilidad de ocupar todo el espacio disponible, esto hace que el envase esté ocupado sólo por una emoción a la vez, lo que le da también mucha intensidad a sus reacciones y, por ende, su emoción puede verse pura, intensa y, por consiguiente, suele ser radical.

Cuando un niño está enojado odia a sus padres; si está contento se siente por completo rebasado por la alegría, si está triste llora desconsoladamente. Es importante tomar esto en consideración porque la expresión de sus emociones **no es proporcional** al evento que lo provoca, ni tampoco corresponde a la cantidad de deseo en aquello que está pidiendo y, si se entiende correctamente, van a poder lidiar con el asunto de mejor manera.

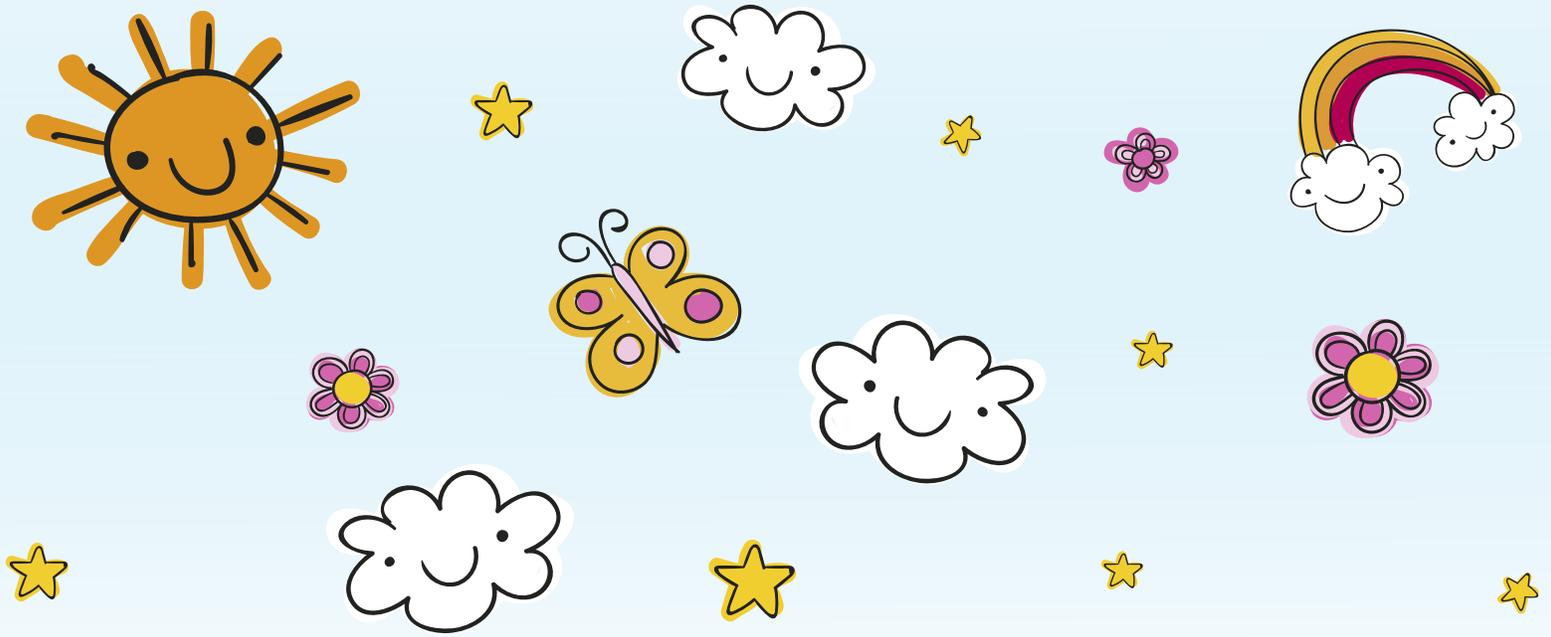
Por ejemplo: el llanto intenso de Jimena porque no se le permite jugar con su pelota, no representa la proporción de ganas que tenía





porque no tiene otras emociones con las cuales compartir el espacio, y por lo tanto, la expresión de su emoción es **fuerte**. Sin embargo, un adulto, que está preocupado por un problema en el trabajo, triste porque perdió a un ser querido, contento porque le dieron un ascenso, tiene que relacionarse y lidiar con una serie de emociones que ocupan un mismo espacio, lo que le permite adecuarlas, de alguna manera, o redimensionarlas. Las emociones en los niños también son **cambiantes**. Entre más pequeño es el niño los cambios son más abruptos. Por ejemplo: Naomi aún tiene lágrimas escurriendo por las mejillas y ya está sonriendo. Los niños pueden pasar de la sonrisa al llanto con una gran facilidad y una emoción **reemplaza completamente a la otra**. Cuando Anya le asegura a su madre que no volverá a desobedecerla, lo hace, porque dada la intensidad con la que experimenta la emoción piensa que ese deseo por ser obediente va a durar el resto de su vida. Ella considera que va a “quedarse deseando” querer agradar a su mamá y por eso lo asegura con tal vehemencia. Seguramente, ya habrán experimentado como, al paso de escasos minutos, se puede volver a estar involucrados en un conflicto porque lo que se le pidió a Anya no le gustó y, sus buenas intenciones ¿en dónde quedaron? se movieron con sus emociones, y es que las emociones rigen el comportamiento infantil.





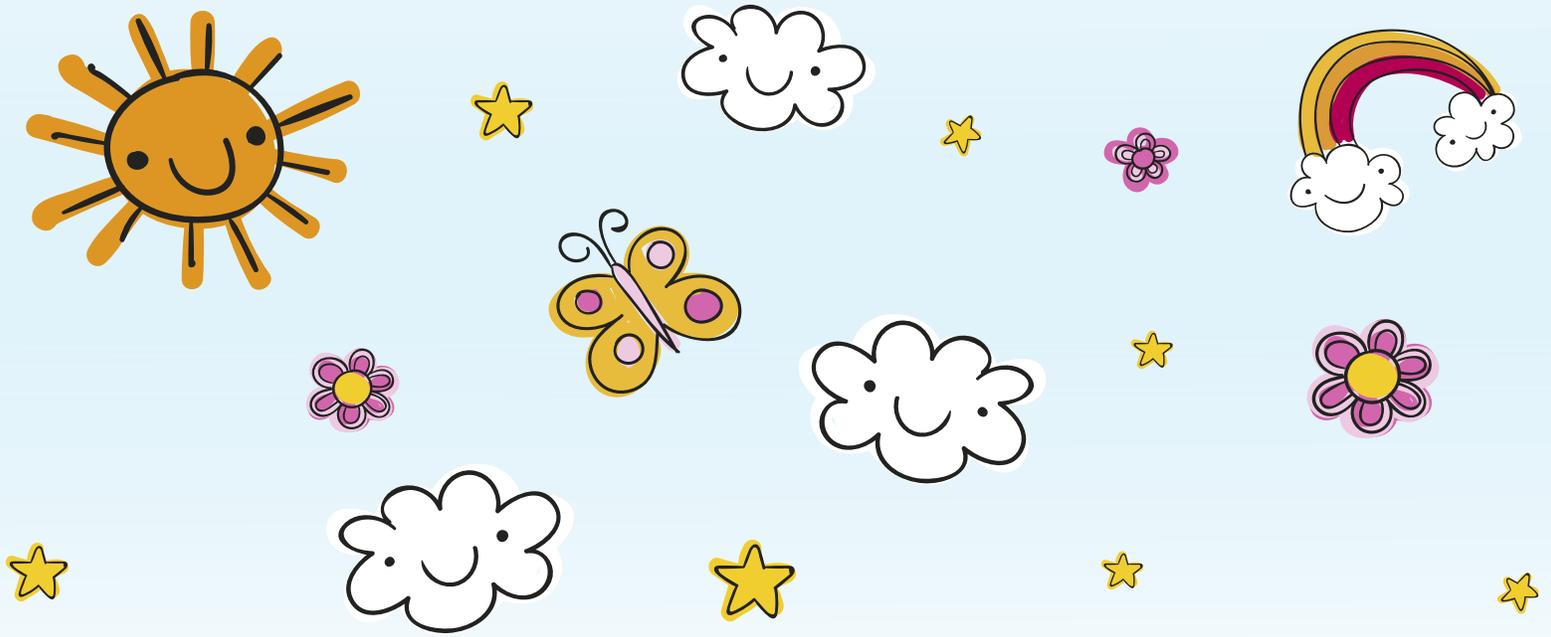
De hecho, uno de los indicios de la **madurez** se va a poder observar en la medida en la que el niño consigue expresar su emoción de manera proporcional al evento que la provocó pero, sobre todo, cuando a su comportamiento lo dejan de regir sus emociones. Por ejemplo: un niño va aprendiendo a **reconciliarse o a prestar** sus juguetes porque entiende la explicación que se le da. Así, sus padres van buscando que logre hacer cosas a pesar de lo que éstas le dictan.

Si la intensidad con la que un niño pide las cosas no responde a la **intensidad con la que lo desea**, ¿cómo se puede saber cuándo realmente le importa o quiere aquello que solicita? La permanencia del **deseo** en el tiempo es una de las mejores pistas para saberlo y es por eso que, hacer que esperen, ofrece otra gran oportunidad. Por ejemplo: cuando Diego pide una bicicleta (independientemente de la intensidad con la que la pida), no se sabe si en realidad la quiere o si sólo es un antojo. Sin embargo, se pueden observar las siguientes opciones:

1. La pide desde varias emociones distintas. Cuando está enojado sabe que quiere una bicicleta de cumpleaños, cuando está triste quiere su bici, incluso, cuando está contento jugando con un balón tiene ganas de su bicicleta.

2. Permanecer en su deseo a pesar de que se exponga a otros juguetes novedosos para él. Alguien le enseña un juguete nuevo que le llama la atención y, aunque pueda dudarlo, se mantiene en su idea sobre la bici.
3. Cuando hay alguna oportunidad de tener contacto con el objeto, la aprovecha. Va de visita a casa de un amigo en la que hay bicicleta y no duda en andar con ella; se le ofrece ir a un parque en donde renta bicis y acepta gustoso.





Se puede aplicar a estas opciones cualquier cosa que un niño “parece querer”, desde un dulce, un juguete, un videojuego, el lugar para ir a comer o a pasear, el lugar de vacaciones, la clase extraescolar, etc.

Resulta **evidente** pensar que si el padre rápidamente le da una bici no va a poder descubrir ninguna de estas opciones para asegurarse de que el deseo de un hijo es **genuino**; es por esto que, hacer que los niños esperen, ayuda a conocerlos, sin embargo, también les hace darse cuenta de que lo que en un momento dado pueden creer, **cambia con el tiempo** y no, necesariamente, es cierto. Va a haber malestar, pero es un malestar que invierte en aprendizaje.

¿Cuántas veces no ha pasado que ese chocolate que se le negó al niño cuando lo quería, una vez llegada la hora se lo dieron, y fue él que lo rechazó porque prefirió otro dulce? Que algo se le antoje o que tenga un **deseo real**, son dos cosas distintas. El tiempo que pasamos deseando ayuda a valorar lo conseguido. Otra vez:

